Madre Borrada

Por Luis Enrique Osorio.

)0(

Vengo tropezando desde hace días con un estado de ánimo hijo de una ingenuidad. El teatro era una expresión artística casi desconocida por los barranquilleros que no hayan viajado; y como lo han visto aparecer de un golpe con el más auténtico sabor local, hay quienes temen a su propio juicio y buscan ávidamente el de cualquier entendido en la materia.

Hasta hallé quien me dijera llanamente:

—¿Qué debo decir sobre "Madre Borrada"?

Y le contesté con la misma llaneza, y talvez hasta con el entusiasmo que puede dar el haber pasado los mejores años entre bambalinas de América y Europa:

"Madre Borrada" es una gran comedia. Hay barranquilleros orgullosos de que la hayan representado en Madrid; y creo que deben ser más bien los españoles quienes deben estar contentos de que una americana les enriquezca su repertorio.

Lo primero que necesita una obra de teatro es un buen argumento, ojalá arrancado a la realidad; y ahí está, con el mérito de que, sin ser caso extraordinario, de mera excepción, resulta nuevo en nuestra literatura castellana. Se ha vencido así en esta obra una de las más escabrosas dificultades escénicas.

El diálogo es suelto, sin broza lírica, sin amaneramientos, sin todos aquellos lunares que denuncian al principiante que subordina la vida a la metáfora. Los caracteres, todos realísimos todos arrancados al medio ambiente, armonizan y se combinan muy bien para producir el conjunto, sin que uno solo de ellos tenga vaguedad y deje de diferenciarse completamente de los otros.

El argumento se desarrolla en perfecto climax de interés, utilizando muy bien todos los resortes que se usan para lograr la unidad de lugar en cada uno de los actos, y sin caer en situaciones demasiado artificiales.

En definitiva: Amira de la Rosa ha hecho, en mi concepto, una obra de teatro que no sólo ha de figurar en primera línea en las letras colombianas, sino que puede exhibir el talento teatral de los colombianos en cualquier otro país de habla hispana.

Y si saltamos del mérito intrínseco de la obra a la forma como se la ha creado sobre las tablas, puede afirmarse que la realización de Amira de la Rosa logró su plenitud. Escribir una buena obra teatral y lograr que la estrenen en España es sin duda alguna un triunfo. Pero entusiasmar en torno a esa obra a un grupo de la alta sociedad barranquillera, y convertirlo en conjunto que esté a la altura de cualquier compañía de primer orden; y aun más, llevar millares de personas a aplaudir el espectáculo, es a más de proeza artística una obra patriótica, trascendental y digna del más fervoroso homenaje.

El escritor de teatro y el intérprete son dos elementos tan consustanciados, que me atrevo a afirmar que es en Barranquilla, y no en Madrid, donde se ha podido apreciar la obra de Amira de la Rosa en todo su valor. Si alguna persona ha ido al teatro por la confianza que le inspira una pieza consagrada en España, paso por el dolor de decirle que le falta una fuerte dosis de emancipación espiritual.

Saliendo a las tablas con su conjunto, Amira de la Rosa ha colocado el teatro nacional en un pedestal de dignidad; y en esto, al lado de lo intérprete, ha actuado genialmente la educadora.

Manuel Guillermo Falquez es un actor pulcro, de gestos veteranos; Rafael Vergara Méndez posee una soltriedad del mejor gusto; Arturo de Castro hace un característico cómico admirablemente arrancado a las calles de Barranquilla, y Ricardo Simmonds realiza su actitud psicológica con certero enfoque.

Todas las mujeres están bien pulidas en sus interpretaciones. Betty Suárez es una de las poquísimas mujeres de dieciocho años que, por entusiasmo artístico, se resuelven a disfrazar su belleza. Tica Arrieta, la hermana de la autora, está discretísima en su rol otoñal. Las dos Lemus, Edith y Zonnia, la una en dama cómica y la otra en ingenua, recibirían el pase en cualquier capital que entienda de teatro pulido; y Marina Certain, deliciosa en su voz y en su risa, es de una naturalidad gratísima.

No hay a lo largo de la interpretación ni un momento en que el grupo, o siquiera uno sólo de los autores, haga concesiones grotescas al público grueso para arrancar la risa o el aplauso. Si algo sorprende, por el contrario es la naturalidad de todas las situaciones y todos los momentos.

Se podría, claro está, hacer un catálogo de lunares. Quien pretenda que surja de repente un teatro perfecto, exige lo imposible. Pero sí puedo afirmar que los aspectos criticables son todos demasiado accidentales, y proceden, no de incompetencia, ni de descuido, sino de la imposibilidad de ofrecer en un esfuerzo de días lo que otros países han realizado en siglos. Aun más: son pequeñeces corregibles en minutos, en cuanto el mismo público ayude a descubrirlas y a indicarlas con finalidad constructiva.

Por mi parte, me concreto a invitar al público colombiano para que enaltezca el esfuerzo de Amira de la Rosa; para que se empeñe en destacar a esta mujer que es toda brío creador, llama estética, voluntad de las más afirmativas. No hay razón para que Colombia no sea la nuestra orgullosamente a América en el teatro como Venezuela respaldó a Teresa de la Parra en la novela, y Chile ha servido de pedestal a la Mistral en la poesía.